



RESENA  
RECIBIDO  
21 de marzo de 2006  
PÁGINAS  
De la 141 a la 142  
ISSN: 1885-365X

FICHA DEL LIBRO

## Lecciones introductorias de historia de España

AUTOR

*Francisco Javier Gómez Díez*

EDITORIAL

Universidad Francisco de Vitoria. Madrid. 2005

La razón que ha llevado al profesor Javier Gómez a escribir esta introducción a la historia de la España contemporánea es tan modesta como irrefutable: la de una “necesidad docente” impuesta por las condiciones de la enseñanza de la Historia. Disciplina que obliga al alumno a acompañar las explicaciones del profesor con un texto que le permita asentar y ampliar aquellas.

Desde la conciencia de esa necesidad, el autor delimita el sentido de su aportación distinguiéndola del simple manual, el trabajo de investigación y la obra de síntesis. Nos encontramos ante un trabajo que sale de las aulas para regresar a ellas y que, en el camino, pretende dejar una impresión justa y suficiente del recorrido histórico español desde la crisis del Antiguo Régimen hasta la transición democrática.

Esa impresión que condensa, en poco más de doscientas páginas, dos siglos de historia se vuelca en un estricto seguimiento cronológico del proceso de instauración, consolidación y crisis del Estado liberal en suelo hispano. En la narración histórica de ese proceso, el autor va deslizándose una tesis de fondo sobre el mismo, la que postula el “fracaso” del liberalismo como proyecto de vertebración nacional. Para Javier Gómez, “entre 1830 y 1880 se ponen las bases” de dicho fracaso. Esta perspectiva eminentemente crítica subrayaría que la revolución liberal socavó los cimientos de la nación española, “gloriosa creación de la Monarquía”.

Si la ruptura con el Antiguo Régimen quebró la continuidad de un sentimiento nacional arraigado en el pueblo español, ello se debió a que el Estado liberal fue incapaz de impulsar en España “un proceso de movilización nacionalista” paralelo al del resto de países europeos. Una revolución como la burguesa no sedimentó en instituciones nacionalizadoras de las masas porque nunca terminaron de resolverse las cuestiones sobre las que descansaba la oportunidad del consenso nacional.

Desde la división partidista plasmada en términos tan desestabilizadores como el exclusivismo y el retraimiento (por no hablar de las juntas y los pronunciamientos) hasta la conflictiva cuestión religiosa pasando por la intervención de los militares en la vida política, el intermitente trasfondo de guerra civil, una desamortización que acentuó los agravios más que resolverlos, el progresivo auge de los hechos diferenciales, etc; todo apunta a que la transformación revolucionaria desató un auténtico terremoto en lo más profundo del país: su cuerpo nacional representado por el Estado, “la comunidad políticamente organizada”,

como bien lo define el autor.

¿Por qué el liberalismo no complementó su desmantelamiento del régimen absolutista con una alternativa nacionalmente vertebradora que estableciese una línea de continuidad con “la gloriosa creación de la Monarquía”? Pues superar la etapa absolutista, como bien demuestra el caso francés, no significaba necesariamente debilitar el Estado ni, sobre todo, amenazar el fundamento nacional del mismo.

Que la nación española debía ser recreada en las nuevas circunstancias históricas, a través de una nueva configuración ideológica, política, social y económica, es indudable, pero la necesidad histórica de dicha recreación terminó asumiendo un perfil trágico: el de la quiebra de la continuidad histórica de un cuerpo nacional políticamente vertebrado.

Si cabe hablar de un “fracaso nacional” del liberalismo español, se debe, según Javier Gómez, a dos razones fundamentales: en primer lugar, la “debilidad del Estado” construido por los liberales, temerosos de “favorecer cualquier proceso de movilización”, y, en segundo lugar, el carácter oligárquico del mundo creado por la revolución burguesa, causa de un descontento social entre los “perjudicados por la política liberal” que explicaría, entre otras cosas, los orígenes populares del carlismo.

Frente a esa debilidad y parcialidad, proyectos como el de la “Constitución interna” canovista y la “socialización conservadora” maurista, pese a su análisis justo y sensato de los males históricos del país (exclusivismo, militarismo, caciquismo), aparecen como intentos truncados en lo esencial: la movilización popular mediante “la identificación de la ciudadanía con un proyecto político propuesto desde el Estado”. Esto es, lo que George L. Mosse, en una obra clásica, cifró como el rasgo dominante de la política contemporánea: “la nacionalización de las masas”.

La España invertibrada de Ortega es una España sin masas nacionalizadas que, cuando se produce el gran experimento democrático de la II República, demuestra

todas las contradicciones acumuladas en su seno. El sectarismo y enconamiento de la política republicana y la creciente polarización de la sociedad no hacen sino constatar que el formal reconocimiento democrático no implica el brote por generación espontánea de una cultura democrática, la cual, para florecer, hubiese requerido de un consenso sobre las cuestiones fundamentales que la España liberal del XIX no legó a la II República.

Con estos mimbres, la deriva sectaria y violenta del experimento republicano era esperable porque faltaba un proyecto nacional de vida compartido por todos los españoles y porque la división existente en la sociedad se sublimaba confundiendo el “peso político” en las instituciones con la “influencia” real sobre el país. Gobernar de espaldas a esa realidad y anteponer la realización del propio programa político a la estabilización del régimen, mal endémico de la política española durante buena parte del XIX, fue una constante llevada al extremo durante la II República.

Este es el análisis que Javier Gómez nos ofrece de la historia contemporánea de España en un libro documentado donde la erudición se entreteje con una clara y convincente línea interpretativa mantenida, entre otros autores, por Charles Esdaile en *La quiebra del liberalismo (1808-1939)*. Línea que permite comprender los orígenes del actualísimo problema nacional español, tan desestabilizador como en el pasado. Un hecho como éste bastaría para tomar conciencia de que nuestra historia de los dos últimos siglos, sin ser excepcional, sí que plantea claras diferencias con la de otros países de nuestro entorno, donde el problema nacional acumula desde hace tiempo ese polvo del olvido tan necesario, a veces, para la convivencia.

Por último, no está de más señalar que, en un libro centrado desde el principio en un período y en una interpretación, el título resulta poco preciso y la portada, desconcertante. ☐

POR Luis Gonzalo Díez  
*Universidad Francisco de Vitoria*